

LA REINA CELOSA EN «BLANCANIEVES» Y EL MITO DE EDIPO

Al referirse los cuentos de hadas, mediante la imaginación, a los momentos más importantes del desarrollo de nuestras vidas, no sorprende que muchos de ellos se centren, de alguna manera, en las dificultades del período edípico. Sin embargo, todos los cuentos que se han comentado hasta ahora tienen como tema central los problemas de los hijos y no los de los padres. En realidad, puesto que tanto la relación del hijo con el padre como de éste con el hijo están llenas de dificultades, muchos cuentos de hadas se refieren también a los problemas edípicos de los padres. Mientras se estimula al niño a creer que puede salir con éxito de la situación edípica, se avisa a los padres de las desastrosas consecuencias que puede tener para ellos el hecho de quedarse atrapados en las dificultades de este período.*

En «Jack y las habichuelas mágicas», se insinuaba la falta de preparación de una madre para permitir que su hijo llegara a ser independiente. «Blancanieves» nos muestra cómo un progenitor —la reina— se muere de celos porque su hija, al ir creciendo, es cada vez más superior a ella. En la tragedia griega de Edipo, que está, por supuesto, abrumado por las dificultades edí-

* Al igual que ocurre con sus deseos, el cuento de hadas comprende perfectamente que el niño no pueda evitar los problemas del período edípico y, por esto, no se le castiga si actúa de acuerdo con ellos. Pero el progenitor que se permite representar sus dificultades edípicas con su hijo, sufre un severo castigo.

picas, no sólo se destruye a la madre, Yocasta, sino también, y en primer lugar, al padre, Layo, cuyo temor a que su hijo lo sustituya algún día da lugar a la tragedia que constituye el fin para todos. El miedo de la reina a que Blancanieves la supere es el tema central del cuento de hadas, que lleva, erróneamente, el nombre de la niña, al igual que el mito de Edipo. Por lo tanto, puede ser útil considerar brevemente este famoso mito que, a través de los estudios psicoanalíticos, se ha convertido en la metáfora con la que nos referimos a una relación emocional concreta dentro de la familia, que puede dar lugar a grandes obstáculos en el camino hacia la madurez y la plena integración de una persona, mientras es, por otra parte, el origen potencial del desarrollo más completo de la personalidad.

En general, cuanto menos capaz es una persona de resolver, de modo constructivo, sus sentimientos edípicos, mayor es el peligro de que estos sentimientos vuelvan a abrumarlo cuando tenga hijos. El padre que no haya conseguido integrar, en el proceso de maduración, su deseo infantil de poseer a su madre y el temor irracional a su padre, es muy probable que se sienta angustiado por la rivalidad de su propio hijo, y que actúe destructivamente, como le ocurrió al rey Layo. Tampoco el inconsciente de un niño dejará de reaccionar a los sentimientos del progenitor, si forman parte de la relación de éste con su hijo. El cuento de hadas permite que el niño comprenda que él no es el único que está celoso de su padre, puesto que éste puede tener sentimientos semejantes. Esta percepción puede ayudar a acortar las distancias entre padre e hijo y, además, a solucionar algunas dificultades que, de otro modo, serían irresolubles. Otra característica importante es que el cuento de hadas le asegura al niño que no necesita tener miedo de los posibles celos del progenitor, puesto que los superará con éxito por muchas complicaciones que se originen debido a estos sentimientos.

Los cuentos de hadas no dicen *por qué* un progenitor es incapaz de disfrutar del proceso de maduración de su hijo ni por qué, en cambio, siente celos cuando ve que éste le supera. No sabemos por qué la reina de «Blancanieves» no puede envejecer y sentirse, al mismo tiempo, satisfecha del proceso de su

hijo al convertirse en una muchacha encantadora. Algo debe haber sucedido en el pasado para hacerla vulnerable hasta el punto de odiar a la hija que debería querer. Toda una serie de mitos, cuya parte central es el de Edipo, sirve de ejemplo a cómo la secuencia de las generaciones puede explicar el temor que un progenitor tiene a su hijo.⁶¹

Esta serie de mitos, que termina con *Los siete contra Tebas*, empieza con Tántalo que, como amigo de los dioses, intenta comprobar si es verdad que éstos lo saben todo, haciendo matar a su hijo Pélope y sirviéndolo en una cena para los dioses. (La reina de «Blancanieves» ordena que maten a su hija y se come lo que cree que es parte de su cuerpo.) El mito nos dice que la mala acción de Tántalo fue provocada por su vanidad, la misma causa que impulsa a la reina a cometer su villanía. Esta, que quería ser siempre la más bella, es castigada a bailar con unos zapatos al rojo vivo hasta morir. Tántalo, que intentaba engañar a los dioses dándoles el cuerpo de su hijo para comer, es castigado a sufrir eternamente en el reino de Hades, donde se ve tentado a satisfacer su constante sed y hambre con agua y frutos que parecen estar a su alcance pero que se apartan tan pronto como intenta cogerlos. Así pues, el castigo es adecuado al crimen cometido, tanto en el mito como en el cuento de hadas.

En ninguna de las dos historias significa la muerte el final de la vida, puesto que los dioses resucitan a Pélope y Blancanieves recupera el conocimiento. La muerte es más bien un símbolo de que se desea que una persona desaparezca, lo mismo que un niño en el período edípico no quiere que su progenitor muera de verdad, sino sólo que desaparezca del camino que le lleva a conseguir la atención del otro progenitor. Lo que el niño espera es que, aunque en un momento determinado haya deseado esta desaparición, su progenitor esté vivo y a su disposición cuando lo necesite. Por esta razón, en los cuentos de hadas, una persona muere o se convierte en estatua de piedra para, a continuación, volver a la vida.

Tántalo era un padre dispuesto a sacrificar el bienestar de su hijo para alimentar su vanidad y esto le llevó a su propia destrucción y a la de su hijo. Pélope, tras ser utilizado de este

modo por su padre, no dudó después en matar a un progenitor para alcanzar sus objetivos. El rey Enómao de Elis deseaba conservar, de manera egoísta, a su bella hija Hipodamia, y trazó un plan con el que disfrazar su deseo, asegurándose, al mismo tiempo, de que la muchacha no lo abandonaría. Todo pretendiente de Hipodamia debía competir con el rey Enómao en una carrera de cuadrigas; si ganaba el pretendiente, podía casarse con Hipodamia; si perdía, el rey tenía derecho a matarlo, cosa que siempre llevaba a cabo. Pélope cambió los tornillos de cobre de la cuadriga del rey por piezas de cera, y de esta manera consiguió ganar la carrera, en la que el rey se mató.

El mito indica que las consecuencias son igualmente trágicas tanto si un padre se sirve de su hijo en su propio beneficio, como si, al tener una relación edípica con su hija, intenta privarla de una vida propia y mata a sus pretendientes. Además, el mito nos habla también de los resultados dramáticos de la rivalidad fraterna «edípica». Pélope tuvo dos hijos legítimos, Atreo y Tiestes. Muerto de celos, Tiestes, el menor de los dos, robó a Atreo una oveja que daba lana de oro. Como represalia, Atreo mató a los dos hijos de Tiestes y se los sirvió en un gran banquete.

Este no es el único ejemplo de rivalidad fraterna en la familia de Pélope. Había también un hijo ilegítimo, Crisipo. Layo, el padre de Edipo, encontró, de joven, protección y un hogar en la corte de Pélope. A pesar de la amabilidad que éste le demostró, Layo injurió a Pélope raptando —o hechizando— a Crisipo. Se supone que Layo llevó a cabo esta acción por los celos que sentía respecto a Crisipo, que era el preferido de Pélope. Como castigo por esta rivalidad, el oráculo de Delfos le dijo a Layo que sería asesinado por su propio hijo. De la misma manera que Tántalo había destruido, o intentado destruir, a su hijo Pélope y éste se las había arreglado para que muriera su suegro Enómao, asimismo Edipo tenía que matar a su padre, Layo. Es ley de vida que un hijo sustituya al padre, por lo que podemos leer estas historias como relatos del deseo de un hijo por hacerlo y de los esfuerzos del padre por evitarlo. No obstante, este mito

nos dice que las acciones edípicas de los padres preceden a las de los hijos.

Para evitar que su hijo lo matara, Layo hizo perforar los tobillos de Edipo cuando éste nació, y le encadenó los pies. Layo ordenó que un pastor se llevara a su hijo y lo abandonara en el bosque. Pero el pastor —como el cazador de «Blancanieves»— se compadeció del niño y fingió haber abandonado a Edipo, pero lo dejó al cuidado de otro pastor. Éste llevó a Edipo hasta su rey, quien lo educó como si fuera su propio hijo.

De joven, Edipo consultó el oráculo de Delfos, que pronosticó que mataría a su padre y se casaría con su madre. Al creer que la pareja real que lo había educado eran sus padres, Edipo no volvió a casa para evitar la tragedia. En una encrucijada, se encontró con Layo, al que mató sin saber que era su padre y más tarde llegó a Tebas, resolvió el enigma de la Esfinge y liberó a la ciudad. Como recompensa, Edipo se casó con la reina viuda, su madre, Yocasta. Así, el hijo sustituyó a su padre como rey y esposo; el hijo se enamoró de su madre y ésta tuvo relaciones sexuales con él. Cuando se descubrió finalmente la verdad, Yocasta se suicidó y Edipo se sacó los ojos como castigo por no haber sabido ver lo que estaba haciendo.

Pero la tragedia no termina aquí. Los hijos gemelos de Edipo, Eteocles y Polínices, no se ocuparon de él en su desgracia; sólo su hija Antígona permaneció a su lado. El tiempo pasó, y en la guerra contra Tebas, Eteocles y Polínices se mataron uno a otro en una batalla. Antígona enterró a Polínices en contra de las órdenes del rey Creón, lo que causó su muerte. Es decir, que no sólo la intensa rivalidad fraterna lleva a la destrucción, como vemos por el destino de los dos hermanos, sino que un excesivo vínculo fraterno es igualmente perjudicial, como nos indica el destino de Antígona.

La variedad de relaciones que conducen a la muerte en estos mitos se puede resumir de la manera siguiente: en lugar de aceptar con cariño a su hijo, Tántalo lo sacrifica para conseguir sus propósitos, y lo mismo hace Layo con Edipo, por lo que ambos padres terminan por destruirse. Enómao muere porque

intenta conservar a su hija para él solo, al igual que Yocasta, que se relaciona demasiado íntimamente con Edipo: el amor sexual hacia el hijo del sexo opuesto es tan destructivo como el temor de que el hijo del mismo sexo sustituya y supere al progenitor. El error de Edipo consiste en eliminar al padre del mismo sexo, y el de sus hijos en abandonarlo en su desgracia. La rivalidad fraterna castiga a los hijos de Edipo. Antígona, que no abandona a su padre, muere por la gran devoción que siente por su hermano.

Pero tampoco en este punto concluye la historia. Creón, quien, como rey, condena a muerte a Antígona, no atiende a las súplicas de su hijo, Hemón, enamorado de Antígona. Al destruirla, Creón aniquila también a su propio hijo, con lo que nos encontramos, una vez más, ante un padre que no puede dejar de encauzar la vida de su hijo. Hemón, desesperado por la muerte de su amada, intenta matar a su padre y, al fracasar en su intento, se quita la vida; también su madre, la esposa de Creón, acaba por suicidarse ante la pérdida del hijo. La única que sobrevive en la familia de Edipo es Ismene, hermana de Antígona, que no se ha relacionado demasiado estrechamente ni con sus padres ni con sus hermanos, y con la que ningún miembro de la familia se encontraba demasiado unido. Según el mito, no parece haber solución alguna: aquel que, por azar o por sus propios deseos, mantenga una relación «edípica» demasiado profunda acabará por ser destruido.

En esta serie de mitos se pueden encontrar prácticamente todos los tipos de relaciones incestuosas que se insinúan asimismo en los cuentos de hadas. Pero, en estos relatos, la historia del héroe muestra cómo las relaciones infantiles, potencialmente destructivas, pueden estar, y de hecho están, integradas en los procesos del desarrollo. En el mito se expresan las dificultades edípicas y, en consecuencia, el desenlace es una destrucción total, tanto si las relaciones son positivas como negativas. El mensaje está muy claro; cuando un progenitor no puede aceptar a su hijo como tal y no es capaz de sentirse satisfecho porque algún día será su sucesor, el resultado es una tragedia enorme. Únicamente una aceptación del hijo como tal —no como rival ni

como objeto sexual— permite que las relaciones entre hermanos y entre padres e hijos sean satisfactorias.

La manera en que el cuento de hadas y el mito clásico presentan las relaciones edípicas y sus consecuencias es completamente distinta. A pesar de los celos de su madrastra, Blancanieves no sólo sobrevive, sino que además alcanza una felicidad completa. Y lo mismo sucede con Nabiza, a la que sus padres habían abandonado porque la satisfacción de sus propios deseos había sido más urgente que conservar a su hija, y cuya madre adoptiva había deseado tenerla a su lado durante demasiado tiempo. El padre de la Bella en «La bella y la bestia», la ama intensamente, y ella hace lo propio con él, pero ninguno de ellos recibe castigo alguno por sus relaciones mutuas: por el contrario, Bella salva a su padre y a la Bestia, desplazando su vínculo amoroso del padre al amante. Cenicienta, lejos de ser destruida por los celos de sus hermanastras, lo mismo que los hijos de Edipo, acaba por vencer todas las dificultades.

Esto es lo que encontramos en todos los cuentos de hadas. El mensaje que estas historias nos transmiten es que, aunque los conflictos y dificultades de tipo edípico parezcan irresolubles, si se lucha con vehemencia contra estas complicaciones familiares emocionales, se puede llegar a una vida mucho mejor que la que tienen los que nunca experimentaron esos problemas. Todo lo que se expresa en el mito es una dificultad insuperable y la derrota consiguiente; en el cuento de hadas se da el mismo peligro, pero se supera con éxito. La recompensa del héroe al final del cuento no es la muerte ni la destrucción, sino la integración superior, simbolizada por la victoria sobre el rival o el enemigo y por la felicidad alcanzada en el desenlace. Para llegar a este final satisfactorio, el héroe debe pasar por las experiencias necesarias para su evolución, que corren paralelas a las del niño que avanza hacia su madurez. Esto estimula al niño para que no renuncie a sus esfuerzos ante las dificultades que encuentra en su lucha por convertirse en él mismo.

«BLANCANIEVES»

«Blancanieves» es uno de los cuentos de hadas más conocidos. Durante siglos se ha ido relatando de diversas maneras en todas las lenguas y países europeos y, de allí, se fue extendiendo a los demás continentes. Por lo general, el título de la historia es simplemente el nombre de «Blancanieves», aunque existen numerosas variantes.* Hoy en día, este cuento se conoce comúnmente bajo el título de «Blancanieves y los siete enanitos», modificación que, desgraciadamente, hace hincapié en los enanitos, quienes, habiendo fracasado en el proceso de desarrollo hacia una condición humana más madura, permanecen fijados en un nivel pre-edípico (los enanitos no tienen padres, ni tampoco se casan ni tienen hijos) y no son más que una excusa para poner de relieve las importantes evoluciones que se dan en la persona de Blancanieves.

Algunas versiones de «Blancanieves» empiezan de este modo: «Un conde y una condesa pasaron por delante de tres montículos cubiertos de nieve, que hicieron exclamar al conde: “Desearía tener una niña tan blanca como esta nieve”. Al poco rato, llegaron a un lugar donde había tres pozos llenos de sangre roja, entonces el conde exclamó de nuevo: “Querría tener una

* Por ejemplo, hay una versión italiana titulada «La ragazza di latte e sangue» («La chica de leche y sangre»), cuyo nombre se explica por el hecho de que en muchos relatos italianos las tres gotas de sangre que la reina derrama no caen sobre la nieve, que escasea en muchas zonas de Italia, sino sobre leche, mármol blanco o queso, también blanco.

niña con las mejillas tan rojas como esta sangre". Finalmente, tres cuerpos negros pasaron volando sobre sus cabezas, y, en aquel instante, volvió a desear "una niña con el cabello tan negro como estos cuervos". Al reemprender la marcha, se encontraron con una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y con los cabellos tan negros como un cuervo: era Blancanieves. El conde la hizo subir inmediatamente a la carroza y le tomó cariño, cosa que no gustó en absoluto a la condesa, de modo que se puso a pensar en la manera de deshacerse de ella. Al fin, tiró uno de sus guantes y ordenó a Blancanieves que fuera a buscarlo; cuando ésta hubo descendido del carruaje, el cochero arrancó a toda velocidad».

Otra versión paralela a esta última difiere en el detalle de que la pareja atraviesa un bosque y Blancanieves tiene que recoger un ramo de rosas silvestres. En aquel preciso momento, la reina ordena al cochero que reanude la marcha, abandonando así a Blancanieves.⁶²

En todas estas versiones de la historia, el conde y la condesa o el rey y la reina no son más que padres hábilmente disfrazados; y la niña, tan admirada por la figura paterna y hallada por casualidad, es una hija sustituta. Los deseos edípicos entre una niña y su padre, y los celos que éstos provocan en la madre, que llega incluso a desear la desaparición de su hija, quedan mucho más patentes en esta que en otras versiones más conocidas. En la actualidad, la forma más comúnmente aceptada del cuento de «Blancanieves» relega los conflictos edípicos a la imaginación en lugar de hacerlos surgir a nuestra mente consciente.*⁶³

* Algunos elementos de una de las primeras versiones del tema de «Blancanieves», encontrada en «La joven esclava» de Basile, ponen en evidencia que la persecución de la heroína se debe a los celos de una madre(madrastra), y su causa no es solamente la belleza de la joven muchacha sino el real o supuesto amor que el esposo de la madre(madrastra) profesa a la niña. Esta, llamada Lisá, muere temporalmente por haberse clavado un peine mientras se estaba peinando. Al igual que Blancanieves, es depositada en una urna de cristal, donde continúa creciendo al mismo tiempo que el ataúd. Transcurridos siete años, su tío se marcha. Éste, que en realidad es su padre adoptivo, es el único padre que ha tenido en toda su vida, ya que su madre quedó mágicamente embarazada al tra-

Tanto si se exponen abiertamente como si se dan a entender mediante alusiones, los problemas edípicos y el modo de resolverlos de cada individuo son básicos para el subsiguiente desarrollo de la personalidad y relaciones humanas. Los cuentos de hadas, al camuflar los conflictos edípicos o al insinuarlos sutilmente, nos permiten sacar nuestras propias conclusiones en el momento propicio para alcanzar una mayor comprensión de estos problemas. Los cuentos de hadas nos enseñan de manera indirecta. En las versiones mencionadas, Blancanieves no es la niña del conde y de la condesa, amada y deseada profundamente por aquél y víctima de los celos de aquélla. En la historia más conocida de Blancanieves, el personaje femenino que siente celos no es la madre, sino la madrastra y no se menciona en absoluto a la persona por cuyo amor ambas son rivales. De este modo, los problemas edípicos —origen de la trama de dicha historia— quedan limitados al poder de nuestra imaginación.

Psicológicamente hablando, si bien los padres crean al niño, es la llegada de éste lo que hace que aquellas dos personas se conviertan en padres. Visto de este modo, es el niño el que provoca los problemas paternos, creando, al mismo tiempo, su propio conflicto. Los cuentos de hadas suelen empezar en el momento en que la vida del niño se encuentra, en cierto modo, en una situación problemática. En «Hansel y Gretel» la presencia de los niños es causa de penurias para los padres y, por esta misma razón, la vida de los niños se torna problemática. Sin embargo, en la historia de «Blancanieves» lo que crea la situación conflictiva no es un problema externo, como la pobreza, sino las relaciones entre la muchacha y sus padres.

En el instante preciso en que la posición del niño dentro de

garse un pétalo de rosa. Su esposa, perversamente celosa por el amor que su marido siente por Lisa, la saca violentamente del ataúd; el peine resbala de su cabeza y la muchacha se despierta. La celosa madre (madrastra) la convierte en esclava; de ahí el título de la historia. Al final, su esposo descubre que la joven esclava no es otra que Lisa. Decide recompensarla y echar a su mujer, quien, por celos, llega casi hasta el extremo de destruir a Lisa.⁶⁴

la familia se hace problemática, para él o para sus padres, comienza su proceso de lucha para escapar a esa existencia triangular. Con ella, entra en la búsqueda, desesperadamente solitaria, de sí mismo, y lleva a cabo una lucha en la que los demás sirven, sobre todo, para facilitar o impedir dicho proceso. En algunos cuentos de hadas, el héroe tiene que indagar, viajar y sobrellevar, durante años, una existencia solitaria, antes de estar preparado para encontrar, rescatar y unirse a una persona, cuya relación dará un significado permanente a la vida de ambas. En «Blancanieves», los años que la muchacha pasa junto a los enanitos representan su período de crecimiento.

Pocos cuentos de hadas ayudan al lector a distinguir entre las principales fases del desarrollo infantil tan netamente como lo hace la historia de «Blancanieves». Apenas se mencionan los primeros años, pre-édipicos y totalmente dependientes, como en la mayoría de los cuentos. La historia trata, esencialmente, de los conflictos edípicos entre madre e hija, de la niñez, y, por último, de la adolescencia, haciendo hincapié en lo que constituye una infancia satisfactoria, y en lo que se necesita para evolucionar a partir de la misma.

La historia de los Hermanos Grimm, «Blancanieves», comienza del siguiente modo: «Había una vez, en pleno invierno, cuando los copos de nieve caían sin cesar del cielo, una reina que estaba sentada junto a un ventanal cuyo marco era de ébano negro. Mientras cosía, miraba la nieve a través de la ventana, pero, de pronto, se pinchó un dedo y tres gotas de sangre cayeron sobre la nieve. Aquel color rojo era tan bonito sobre la nieve blanca, que la reina pensó para sí: "Me gustaría tener una niña tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y con el cabello tan negro como la madera de esta ventana". Poco tiempo después, tuvo una niña blanca como la nieve, roja como la sangre y con el pelo negro como el ébano; y por esta razón la llamó Blancanieves. Al poco tiempo de nacer la niña, la reina murió, y, al cabo de un año, el rey volvió a casarse...».

La historia comienza cuando la madre de Blancanieves se pincha un dedo y tres gotas de sangre resbalan sobre la nieve. Aquí se indican ya los problemas que plantea la historia: la inocencia

sexual y la pureza contrastan con el deseo sexual, simbolizado por la sangre roja. Los cuentos de hadas preparan al niño para que acepte un hecho todavía más traumático: la hemorragia sexual como en la menstruación o, más tarde, en la relación sexual cuando se rompe el himen. Al oír las primeras frases de «Blancanieves», el pequeño descubre que el hecho de sangrar —tres gotas de sangre (tres porque es el número que, en el inconsciente, está más íntimamente relacionado con el sexo⁶⁵)— es una condición previa para la fecundación, pues precede necesariamente al nacimiento de un niño. En este caso, la hemorragia (sexual) está ligada a un suceso «feliz»; sin otras explicaciones más detalladas, el pequeño aprende que ningún niño —ni tan sólo él— puede venir al mundo sin que se dé antes esta hemorragia.

Aunque el cuento nos diga que la madre de Blancanieves murió a causa del nacimiento de ésta, vemos que durante los primeros años no le ocurre nada a la niña, a pesar de que su madre es sustituida por una madrastra. Esta última se convierte en una «típica» madrastra de cuento de hadas después de que Blancanieves alcanza la edad de siete años y empieza a hacerse mayor. Entonces, la madrastra empieza a sentirse amenazada por la muchacha y se vuelve celosa. El narcisismo de la madrastra está representado por el espejo mágico y su continua búsqueda de seguridad respecto a su belleza, mucho antes de que la hermosura de Blancanieves eclipse la suya.

La reina, al consultar en todo momento al espejo sobre sus cualidades —es decir, sobre su belleza—, repite el antiguo mito de Narciso, que se enamoró de sí mismo, hasta el extremo de quedar totalmente absorbido por su propio amor. Es la imagen del progenitor narcisista que se siente amenazado por el crecimiento de su hijo, pues esto significa que él está envejeciendo. Mientras el niño es totalmente dependiente, permanece como si fuera parte de su progenitor; no hiere el narcisismo paterno. Pero cuando el pequeño empieza a crecer y alcanza la independencia, esta figura paterna narcisista lo experimenta como una amenaza, al igual que ocurre con la reina en la historia de «Blancanieves».

El narcisismo es parte importante del carácter del niño. El pequeño debe aprender gradualmente a superar esta peligrosa

forma de sentirse implicado en todas las cosas. La historia de Blancanieves nos previene de las fatales consecuencias que puede acarrear el narcisismo, tanto para el padre como para el hijo. El narcisismo de Blancanieves llega casi a destruirla cuando cede por dos veces consecutivas a las trampas que la reina disfrazada le tiende para hacerla parecer todavía más hermosa; mientras que la reina acaba por ser destruida por su propio narcisismo.

Durante el tiempo que permaneció en el hogar paterno no sabemos lo que hizo Blancanieves, desconocemos por completo su vida antes de ser expulsada. No se menciona en absoluto la relación con su padre, aunque parece lógico suponer que lo que enfrenta a la madre(madrastra) con la hija es la rivalidad respecto a aquél.

El cuento de hadas no percibe el mundo, ni lo que en él suceda, de modo objetivo, sino desde el punto de vista del héroe, que es, siempre, una persona en pleno desarrollo. El niño, al identificarse con Blancanieves, ve todas las cosas a través de sus ojos y no a través de los de la reina. Para la niña pequeña, el amor por su padre es lo más natural del mundo, al igual que el cariño de éste por su hija. No puede imaginar que esto suponga un problema, a menos que no la quiera por encima de todas las cosas. Aunque la niña desee que su padre sienta más cariño por ella que por su madre, no puede aceptar que esto sea causa de celos por parte de aquélla. Sin embargo, a un nivel preconsciente, la niña sabe perfectamente lo celosa que se siente de las atenciones que sus padres se prodigan, cuando cree que todas estas atenciones deberían ir dirigidas a ella. Para el pequeño resulta demasiado amenazador imaginar que el amor de uno de sus progenitores puede originar los celos del otro, pues lo que realmente desea es ser amado por ambos, hecho harto sabido, pero que cuando se discute la situación edípica se suele olvidar, debido a la naturaleza del problema. Cuando estos celos —como en el caso de la reina de «Blancanieves»— no pueden ser disimulados, debemos buscar alguna otra razón para explicarlos; en esta historia se adscriben a la belleza de la niña.

Normalmente, las relaciones entre los padres no están amenazadas por el cariño que cada uno de ellos siente por su hijo. Y,

a menos que dichas relaciones conyugales sean nefastas, o que su progenitor sea muy narcisista, los celos de un niño, favorecidos por uno de los padres, estarán mitigados y controlados por el otro.

No obstante, para el niño las cosas son muy distintas. En primer lugar, si las relaciones que mantienen sus padres son satisfactorias, no podrá encontrar alivio a sus penas. En segundo, todos los niños sienten celos, si no de sus padres, de los privilegios de que éstos gozan en tanto que adultos. Si los cariñosos y tiernos cuidados de un progenitor del mismo sexo no son lo suficientemente fuertes como para crear vínculos, cada vez más positivos e importantes en el niño, celoso por naturaleza mientras atraviesa la fase edípica —con lo que se ayudaría a iniciar el proceso de identificación, luchando contra esos celos—, dichos celos pueden llegar a dominar la vida emocional del niño. Si Blancanieves fuera una criatura real, no podría evitar el sentirse profundamente celosa de su madre y de todos los privilegios y facultades que posee, pues una madre(madrastra) narcisista no es un personaje apropiado para relacionarse e identificarse con él.

Si un niño no puede permitirse el experimentar celos de un progenitor (cosa que amenaza su seguridad), proyecta sus propios sentimientos en este mismo progenitor. Entonces, la idea de «estoy celoso de todos los privilegios y prerrogativas de mi madre» se convierte en el sueño dorado de: «Mi madre siente celos de mí». El sentimiento de inferioridad se transforma, por reacción defensiva, en un sentimiento de superioridad.

El adolescente, o el niño de la etapa de la prepubertad, se dice a sí mismo: «yo no compito con mis padres porque soy mucho mejor que ellos, son más bien ellos quienes rivalizan conmigo». Pero, desgraciadamente, también existen padres que se empeñan en demostrar a sus hijos adolescentes que ellos son superiores en todo; en cierto modo es verdad, pero deberían guardar silencio al respecto para no entorpecer el proceso de adquisición de seguridad de sus hijos. Y todavía peor, hay padres que sostienen que, en cualquier aspecto, son tan brillantes como lo pueda ser su hijo adolescente: el padre que intenta con-

servar, por todos los medios, la fuerza juvenil y la potencia sexual de su hijo; o la madre que quiere parecer tan joven y atractiva como su hija, vistiéndose y comportándose como ella. La historia de los cuentos como «Blancanieves» nos muestra que este es un fenómeno que ya se daba antiguamente. Pero la competencia entre un progenitor y su hijo hace que la vida de ambos sea insoportable. Bajo tales circunstancias, el niño desea liberarse y deshacerse de un padre que le fuerza, constantemente, a competir o a resignarse. No obstante, el ansia por perder de vista a uno de los padres provoca un intenso sentimiento de culpabilidad, aunque esté justificado si se observa la situación desde un punto de vista objetivo. Así pues, invirtiendo los términos y proyectando este mismo deseo en el progenitor, se logra eliminar el sentimiento de culpabilidad. Por esta razón, en los cuentos de hadas aparecen padres que intentan deshacerse de sus hijos, como ocurre en «Blancanieves».

En «Blancanieves», al igual que en «Caperucita Roja», aparece una figura masculina que podría interpretarse como una representación inconsciente del padre: el cazador, al que se da la orden de matar a Blancanieves y que, sin embargo, le salva la vida. ¿Quién sino un padre sustituto fingiría someterse a la voluntad de la madrastra y, a sus espaldas, arriesgarse a contradecir sus deseos, por amor a la pequeña? Esto es lo que a la niña adolescente, o en el período edípico, le gustaría creer de su padre que aunque lo que la madre le ruega, si fuera libre de elegir, se pondría de parte de su hija, burlando, así, a la madre.

¿Por qué los personajes masculinos libertadores están casi siempre representados por cazadores? La explicación de que, cuando surgieron los cuentos de hadas, la caza era una ocupación típicamente masculina resulta demasiado simple, puesto que, por aquel entonces, los príncipes y las princesas eran seres tan extraños como lo son hoy en día, y, en cambio, abundan en los cuentos de hadas. De todas formas, en el lugar y la época en que estas historias se crearon, la caza constituía un privilegio aristocrático, hecho que ahora nos proporciona una buena razón

para ver al cazador como un personaje sublime comparable al padre.

En realidad, los cazadores aparecen con mucha frecuencia en los cuentos de hadas porque se prestan perfectamente a este tipo de proyecciones. Todos los niños, en algún momento de su vida, desean ser un príncipe o una princesa; y, a veces, a nivel inconsciente, el pequeño llega incluso a creer que lo es en realidad, aunque temporalmente degradado a causa de las circunstancias. En los cuentos hallamos casi siempre reyes y reinas, porque este rango simboliza el poder absoluto, como el que ostenta el padre sobre su hijo. Así pues, la realeza de estas historias representa las proyecciones de la imaginación infantil, lo mismo que el cazador.

La rápida aceptación del personaje del cazador como símbolo de la figura paterna, fuerte y protectora —opuesta a la de muchos padres inútiles, como el de Hansel y Gretel—, debemos relacionarla a las asociaciones que se adhieren a aquella imagen. A nivel inconsciente, el cazador es un símbolo de protección. En relación a esto, hemos de tener en cuenta las fobias a los animales, de las que el niño no está totalmente exento. En sus sueños y fantasías diurnas el niño se ve amenazado y perseguido por feroces animales, producto de sus temores y sentimientos de culpabilidad. Tan sólo el padre-cazador, a los ojos del niño, puede ahuyentar a estos animales que amenazan al pequeño y alejarlos definitivamente de su mundo. Por consiguiente, el cazador no es un personaje que mata criaturas inocentes, sino alguien que domina, controla y somete a bestias feroces y salvajes. A un nivel más profundo, simboliza la represión de las violentas tendencias animales y asociales que coexisten en el hombre. El cazador es un personaje eminentemente protector que puede salvarnos, y de hecho así lo hace, de los peligros de nuestras violentas emociones y de las de los otros, puesto que busca, rastrea y vence los aspectos más miserables del hombre: el lobo.

En «Blancanieves», el conflicto edípico de la muchacha en el período de la pubertad no aparece reprimido, sino dramatizado en torno a la madre como figura rival. En la historia de Blanca-

nieves, el padre-cazador no logra mantener una posición firme y definida, porque no cumple su deber respecto a la reina ni se enfrenta a su obligación moral de procurar a Blancanieves la seguridad y consuelo necesarios. No la mata directamente, pero la abandona en medio del bosque, dejándola a merced de los animales salvajes, que acabarán con la pequeña. El cazador intenta aplacar, tanto a la madre, fingiendo cumplir sus órdenes, como a la hija, perdonándole la vida. La ambivalencia del padre provoca en la madre los celos y el odio constantes que, en «Blancanieves», se proyectan en la malvada reina, quien, por esta razón, vuelve a intervenir en la vida de la niña.

Un padre de carácter débil de poco puede servir a Blancanieves, como tampoco ayudó a Hansel y Gretel. La constante aparición de tales personajes en los cuentos de hadas nos indica que los maridos dominados por sus mujeres no representan nada nuevo en nuestra época. Incluso podríamos decir que este tipo de padres crea en el niño dificultades insuperables, sin poder ayudarle a resolverlas. Este es otro ejemplo del importante mensaje que los cuentos de hadas transmiten a los padres.

¿Por qué en estos cuentos la figura materna es tan despreciable, mientras que el padre es simplemente inútil e inepto? El hecho de que se describa a la madre(madrastra) como un ser perverso y al padre como alguien sumamente débil, hace referencia a lo que el niño espera de sus padres. En una familia nuclear típica, el deber del padre consiste en proteger al niño de los peligros del mundo externo y de los que sus propias tendencias asociales originen. La madre tiene que proporcionar la nutrición y la satisfacción de las necesidades físicas inmediatas, imprescindibles para la supervivencia del niño. Por lo tanto, si la madre abandona al pequeño en los cuentos de hadas, la vida de éste estará plagada de peligros, como ocurre en «Hansel y Gretel» cuando su madre insiste en deshacerse de los dos niños. Si el padre débil descuida sus obligaciones, la vida del niño no se ve directamente perjudicada, aunque, al carecer de la protección paterna, el pequeño tendrá que arreglárselas por su cuenta. Así, Blancanieves se ve obligada a defenderse sola al ser abandonada por el cazador en medio del bosque.

Tan sólo el cuidado amoroso combinado con una conducta responsable por parte de ambos progenitores facilita la integración de los conflictos edípicos en el niño. Tanto si se le priva de uno como de ambos, el niño no podrá identificarse con ellos. Si una muchacha no puede llegar a una identificación positiva con su madre, no sólo se queda fijada en el conflicto edípico, sino que da comienzo en ella una regresión, al igual que sucede cuando el niño no consigue alcanzar un estadio superior de desarrollo para el que está cronológicamente preparado.

La reina, que permanece fijada a un narcisismo primitivo y a un estadio oral, es una persona incapaz de relacionarse positivamente y con la que nadie puede identificarse. La reina no se limita a ordenar al cazador que dé muerte a Blancanieves, sino que además, como prueba de que ha cumplido sus órdenes, le exige que le arranque los pulmones y el hígado. Al regresar, el cazador muestra a la malvada reina las vísceras de un animal que había matado por el camino, «el cocinero las guisó con sal y todo, y la perversa mujer se las comió pensando que eran de Blancanieves». De acuerdo con el pensamiento y costumbres de los primitivos, uno adquiere las cualidades y poderes de lo que está comiendo. La reina, celosa de la belleza de Blancanieves, deseaba apropiarse de los atractivos de la muchacha, simbolizados por sus órganos internos.

No es esta la primera historia de una madre celosa por la floreciente sexualidad de su hija, como tampoco es tan extraño que una hija acuse, en su fuero interno, a su madre de sentir celos. El espejo mágico parece hablar por boca de una hija más que por boca de una madre. Una niña pequeña está convencida de que su madre es la persona más hermosa del mundo y, esto es, precisamente, lo que el espejo le dice a la reina al principio. Sin embargo, a medida que la niña va creciendo piensa que ella es mucho más bella que su madre, como más adelante declara el espejo. Una madre, cuando se mira al espejo y se compara con su hija, puede sentirse desilusionada y pensar: «Mi hija es mucho más bonita que yo». Pero el espejo insiste: «Ella es mil veces más hermosa»; esta afirmación es análoga a la exageración

del adolescente, que aumenta sus ventajas y acalla sus dudas internas.

El niño, en la etapa de la pubertad, siente una gran ambivalencia en cuanto al deseo de superar en todo al progenitor del mismo sexo, pues teme que éste, mucho más poderoso, desate su terrible venganza sobre él, en el caso de que sus suposiciones sean ciertas.

Pero, hemos de señalar que es el niño el que teme una destrucción a causa de su superioridad real o imaginada, y no el padre quien quiere destruir. El progenitor puede sentirse celoso y sufrir si, a su vez, no ha logrado una identificación positiva con su hijo, porque sólo entonces podrá obtener un placer sustitutivo ante los éxitos del pequeño. Es importante que el padre se identifique con su hijo del mismo sexo para que la identificación del niño con él sea satisfactoria.

Cuando el joven, en la etapa de la pubertad, revive los conflictos edípicos, la vida en el seno de la familia se le hace insostenible debido a sus sentimientos ambivalentes. Para escapar a su agitación interna, sueña que es hijo de otros padres más bondadosos y junto a los cuales nunca hubiera conocido estos desórdenes psicológicos. Algunos niños van mucho más lejos en sus fantasías y huyen, realmente, en busca de este hogar ideal. Sin embargo, los cuentos de hadas les muestran que este maravilloso hogar existe tan sólo en países imaginarios y que, una vez hallado, dista mucho de ser satisfactorio. Esto resulta particularmente cierto para Hansel y Gretel, así como para Blancanieves. Aunque la experiencia de Blancanieves en un hogar lejos del suyo sea menos penosa que la de Hansel y Gretel, tampoco es demasiado agradable. Los enanitos no pueden protegerla lo suficiente y su madre continúa ejerciendo sobre ella un poder al que Blancanieves no puede escapar, y que está simbolizado por el hecho de permitir que la reina (hábilmente disfrazada) entre en la casa, a pesar de las advertencias de los enanitos de que tenga cuidado con los trucos de la reina y de que no abra la puerta a nadie.

Uno no puede liberarse del impacto de los padres ni de los propios sentimientos respecto a ellos por el simple hecho de

haber huido de casa; aunque nos parezca la solución más fácil. Únicamente se podrá alcanzar la independencia si uno logra resolver los conflictos internos, que los niños suelen proyectar en sus padres. Al principio, el niño desearía poder eludir esta penosa tarea de integración, que, como ilustra la historia de Blancanieves, está plagada de enormes peligros. Durante algún tiempo parece factible escapar a esta difícil empresa. Blancanieves vive, por algunos años, una existencia pacífica, al lado de los enanitos, donde deja de ser una niña, incapaz de enfrentarse a los problemas que el mundo le plantea, para convertirse en una muchacha que aprende a trabajar y a disfrutar de sus tareas. Esto es precisamente lo que los enanitos le exigen si quiere quedarse a vivir con ellos: puede permanecer a su lado y no le faltará nada si «cuidarás de nuestra casa, guisarás, harás las camas, lavarás, coserás, harás calceta, y lo tendrás todo muy limpio y aseado». Así, Blancanieves se convierte en una perfecta ama de casa, al igual que sucede con muchas niñas que, en ausencia de su madre, cuidan del padre, de la casa y de los hermanos.

Antes de encontrarse con los enanitos, Blancanieves se muestra capaz de controlar sus impulsos orales, por muy imperiosos que sean. Al llegar a la casa de los enanitos, aun estando muy hambrienta, se limita a coger tan sólo un poco de comida de cada platito y a beber un sorbito de cada uno de los siete vasitos, para no escatimar la porción a uno sólo. (¡Qué diferente de Hansel y Gretel, fijados en el estadio oral, que se lanzan, voraz y desesperadamente, a devorar la casita de turrón!)

Después de saciar el hambre, Blancanieves intenta acostarse en las siete camas, pero una es demasiado grande, otra demasiado pequeña; hasta que finalmente se echa en la séptima y se queda profundamente dormida. Blancanieves sabe que todas estas camas pertenecen a otras personas, que querrán dormir en ellas aunque encuentren a la niña allí tumbada. El hecho de ir probando todas las camas nos indica que la pequeña es consciente de este riesgo, e intenta quedarse en una que no comporte peligro alguno. Y así sucede. Al regresar a casa, los enanitos se sienten completamente atraídos por su belleza; sin que el séptimo, en cuya cama reposa Blancanieves, llegue a lamen-

tarse; por el contrario, «durmió una hora en la camita de cada uno de sus compañeros hasta que apuntó el día».

Desde el punto de vista popular de la inocencia de Blancanieves, la idea de que se haya arriesgado inconscientemente a pasar la noche en la cama con un hombre parece ultrajante. Pero, Blancanieves demuestra también, al dejarse convencer tres veces por la reina oculta bajo un disfraz, que, como la mayoría de seres humanos —sobre todo los adolescentes—, se la puede tentar fácilmente. Sin embargo, esta incapacidad para resistir a la tentación, hace a Blancanieves más humana y atractiva, sin que el lector sea consciente de ello. Por otra parte, el hecho de reprimirse en el momento de comer y beber, y el resistir a no tumbarse a dormir en una cama que no es adecuada para ella, prueba que Blancanieves ha aprendido, también, en cierto modo, a controlar los impulsos del ello y a mantenerlos bajo las demandas del super-yo. Asimismo nos damos cuenta de que su yo se ha hecho más maduro, pues ahora Blancanieves trabaja bien y con ahínco, compartiendo su vida con otros.

Los enanos —estos hombres diminutos— tienen distintas connotaciones en los diferentes cuentos en que aparecen.⁶⁶ Al igual que las hadas, pueden ser buenos o malos; en Blancanieves nos encontramos con unos enanitos bondadosos y serviciales. Lo primero que se nos dice de ellos es que regresan de las montañas donde trabajan como mineros. Al igual que todos los enanitos, incluso los más desagradables, son muy trabajadores y listos en sus negocios. El trabajo es la esencia de sus vidas; desconocen el ocio y la distracción. Aunque queden profundamente impresionados por la belleza de Blancanieves y conmovidos por su desgracia, dejan muy bien sentado que el precio que la niña deberá pagar por permanecer con ellos será su concienzudo trabajo. Los siete enanitos simbolizan los siete días de la semana: días llenos de trabajo. Así pues, si Blancanieves quiere desarrollarse satisfactoriamente, deberá hacer suyo este universo de trabajo; este aspecto que caracteriza su estancia con los enanitos es fácilmente comprensible.

Otros significados históricos de los enanitos pueden ayudarnos a entender mejor su simbolismo. Las leyendas y los cuentos

de hadas europeos son, a menudo, residuos de temas religiosos precristianos, que, con la llegada del cristianismo, perdieron popularidad, al no tolerar éste que se manifestaran abiertamente tendencias paganas. En cierto modo, el origen de la armoniosa belleza de Blancanieves parece provenir del sol; su nombre nos sugiere la blancura y pureza de la intensa luz de ese astro. De acuerdo con las creencias de los antiguos, eran siete los planetas que giraban alrededor del sol; de ahí los siete enanitos. En la doctrina teutónica, los enanos o gnomos trabajaban en la tierra, extrayendo metales preciosos, de los que, en el pasado, tan sólo se conocían siete. Y, siguiendo la antigua filosofía natural, cada uno de esos metales estaba relacionado con un planeta (el oro con el sol, la plata con la luna, etc.).

No obstante, estas connotaciones no son válidas para el niño actual. En él, los enanitos evocan otras asociaciones inconscientes. No hay enanitos hembras, mientras que las hadas son siempre figuras femeninas, siendo los magos su contrapartida masculina; sin embargo, existen tanto hechiceros como hechiceras o brujas. Así pues, los enanos son, eminentemente, personajes masculinos que no han logrado completar su desarrollo. Estos «hombrecillos» con sus cuerpos abortados y su trabajo en las minas —penetran hábilmente en oscuros agujeros— poseen connotaciones fálicas. Evidentemente, no se trata de hombres en el sentido sexual, ya que su forma de vida y sus intereses por los bienes materiales, excluyendo el amor, sugieren una existencia preedípica.*

* El dar a cada enanito un nombre distinto y una personalidad determinada —en el cuento son todos idénticos— como en la película de Walt Disney obstaculiza la comprensión inconsciente de que simbolizan una forma de existencia pre-individual e inmadura, que Blancanieves ha de superar. Así pues, al añadir a los cuentos de hadas estas modificaciones erróneas, que aparentemente incrementan el interés por la historia, lo único que se consigue es destruir el relato porque se dificulta la correcta comprensión del significado profundo del mismo. El poeta está mucho más capacitado para captar el significado profundo de los personajes de los cuentos de hadas que un director de cine y todas aquellas personas que repiten la historia siguiendo su ejemplo. La versión poética que Anne Sexton hace de «Blancanieves» insinúa la naturaleza fálica de los enanitos al referirse a ellos como «los enanos, aquellos perritos calientes».⁶⁷

A simple vista puede parecer extraño que la etapa anterior a la pubertad, período en el que toda actividad sexual está latente, esté encarnada por una figura que simboliza una existencia fálica. Sin embargo, los enanitos están libres de conflictos internos y no tienen deseo alguno de ir más allá de su existencia fálica, en busca de relaciones íntimas. Se sienten satisfechos con la rutina de sus actividades; su vida es un ciclo interminable e inmutable de trabajo en el seno de la tierra, al igual que los planetas giran constantemente en el cielo siguiendo, siempre, su curso invariable. Lo que hace que su existencia sea paralela a la del niño en la etapa anterior a la pubertad, es esta falta de cambio o de deseo de hacerlo. Por esta misma razón, los enanitos no pueden comprender ni justificar las pulsiones internas que hacen que Blancanieves no sea capaz de resistir a las tentaciones de la reina. Son, pues, los conflictos los que nos hacen sentir insatisfechos con nuestro sistema de vida actual y nos inducen a buscar otras soluciones; si nos viéramos libres de problemas, no correríamos los riesgos que comporta el paso hacia un tipo de vida distinto y, como es de esperar, superior.

El período preadolescente y apacible que Blancanieves vive junto a los enanitos, antes de que la malvada reina vuelva a importunarla, le da la energía suficiente para poder alcanzar la adolescencia. De este modo, entra, de nuevo, en una etapa llena de inquietudes; pero ya no como una niña que tiene que soportar pasivamente los daños que su madre le inflige, sino como una persona que tiene que participar y ser responsable de lo que le sucede.

Las relaciones entre Blancanieves y la reina simbolizan los graves problemas que pueden darse entre una madre y una hija. Pero, al mismo tiempo, son también proyecciones, en dos personajes distintos, de las tendencias incompatibles en una misma persona. A menudo, estas contradicciones internas se originan en las relaciones del niño con sus padres. Así, el hecho de que los cuentos de hadas proyecten un aspecto de un conflicto interno en una figura paterna representa, también, una verdad histórica: es precisamente de ahí de donde procede. Esto lo vemos claramente por lo que le sucede a Blancanieves cuando su tran-

quila y sosegada vida junto a los enanitos queda interrumpida.

Casi destruida por su temprano conflicto puberal y por la rivalidad con su madrastra, Blancanieves intenta retroceder al período de latencia, libre de problemas, en el que el sexo permanece aletargado y, en consecuencia, se pueden evitar los desequilibrios de la adolescencia. Pero ni el tiempo ni el desarrollo humano permanecen estáticos; por lo tanto, el volver a la etapa de latencia para escapar de los problemas de la adolescencia no resulta satisfactorio. Cuando Blancanieves se convierte en una adolescente, comienza a experimentar los deseos sexuales que, durante el período de latencia, permanecían dormidos y aletargados. En este preciso momento, la madrastra, que representa los elementos conscientemente negados en el conflicto interno de Blancanieves, reaparece en escena y perturba la paz interior de la muchacha. La facilidad con que Blancanieves se deja tentar por la madrastra, haciendo caso omiso de las advertencias de los enanitos, nos muestra lo próximas que están las tentaciones de ésta a los deseos internos de Blancanieves. El consejo de los enanitos de no abrir la puerta —es decir, de no dejar penetrar a nadie en el ser interno de Blancanieves— no sirve de nada. (Para los enanitos resulta muy fácil predicar contra los peligros de la adolescencia, ya que, al permanecer fijados en el estadio fálico de desarrollo, no están sujetos a ellos.) Los altibajos por los que pasan los conflictos de la adolescencia están simbolizados por las dos veces consecutivas en que Blancanieves es tentada, puesta en peligro y salvada al volver a su anterior existencia latente. La tercera experiencia en la que Blancanieves se deja seducir, pone fin a sus esfuerzos por volver a la inmadurez, puesto que se ve enfrentada a las dificultades de la adolescencia.

Aunque no se mencione el tiempo que Blancanieves permaneció con los enanitos antes de que la madrastra reapareciera en su vida, sabemos que lo que induce a Blancanieves a abrir la puerta y permitir que la reina entre en la casa, disfrazada de vendedora ambulante, es su atracción por las cintas de corsé. Esto pone de manifiesto que Blancanieves es ya una adolescente perfectamente desarrollada y, siguiendo la moda de aquella época, necesita y desea tener cintas de corsé. La madrastra le ata la

cinta con tal fuerza que Blancanieves cae al suelo, quedando como muerta.*

Ahora bien, si la reina tenía intención de matar a Blancanieves, podía haberlo hecho en aquel momento con toda tranquilidad. Pero si su objetivo era tan sólo el de impedir que su hija la superara, bastaba con dejarla inmóvil durante algún tiempo. En esta ocasión, la reina representa al progenitor que, temporalmente, logra mantener su dominio bloqueando el desarrollo de su hijo. A otro nivel, el significado de este episodio es el de insinuar los conflictos de Blancanieves en cuanto a su deseo adolescente de ir bien ceñida, porque así resulta sexualmente más atractiva. El hecho de desmayarse y quedar inconsciente indica que se vio abrumada por la lucha entre sus deseos sexuales y su angustia respecto a los mismos. Blancanieves tiene mucho en común con la madrastra presuntuosa, puesto que es su propia vanidad lo que la lleva a dejarse abrochar la cinta por esta última. Parece que son los conflictos y deseos adolescentes de Blancanieves los que la arrastran a la perdición. Sin embargo, el cuento no termina aquí, sino que enseña al niño una lección mucho más significativa: sin haber experimentado y dominado todos aquellos peligros que comporta el crecimiento, Blancanieves nunca hubiera podido unirse a su príncipe.

A su regreso del trabajo, los bondadosos enanitos encuentran a Blancanieves inconsciente en el suelo y le desatan la cinta. La muchacha vuelve a la vida y se refugia, temporalmente, en el período de latencia. Los enanitos vuelven a advertirla, esta vez con más severidad, contra los trucos de la malvada reina, es decir, contra las tentaciones ocultas del sexo. Pero los anhelos de Blancanieves son demasiado fuertes, y cuando la reina, disfrazada de anciana, se brinda a arreglarle el pelo —«acércate que te peinaré»—, la niña se deja engañar de nuevo. Las intenciones conscientes de Blancanieves se ven superadas por su deseo de

* Según las costumbres del lugar y de la época, lo que tiente a Blancanieves no son las cintas de corsé sino cualquier otra prenda de vestir; en algunas versiones se trata de un corpiño o de una capa, que la reina sujeta violentamente hasta que Blancanieves se desploma.

lucir un hermoso peinado y por su anhelo inconsciente de ser sexualmente atractiva. Una vez más, este deseo resulta ser «venenoso» para Blancanieves en su temprana e inmadura etapa adolescente, por ello, vuelve a perder el conocimiento, siendo de nuevo rescatada por los enanitos. La tercera vez, Blancanieves cede nuevamente a la tentación y muerde la funesta manzana que la reina, disfrazada de campesina, le ofrece. Sin embargo, ahora los enanitos ya no pueden ayudarla, porque la regresión de la adolescencia a la etapa de latencia ha dejado de ser una solución válida para Blancanieves.

En numerosos mitos, así como en los cuentos de hadas, la manzana simboliza el amor y el sexo, tanto en su aspecto positivo como peligroso. La manzana que se ofreció a Afrodita, diosa del amor, dando a entender que era la preferida de entre las diosas, provocó la guerra de Troya. Por otra parte, la manzana bíblica fue el instrumento que tentó al hombre a renunciar a la inocencia a cambio de conocimiento y sexo. Aunque Eva fuera seducida por la masculinidad del macho, representada por la serpiente, esta última no podía hacerlo todo por sí sola: necesitaba la manzana, que en la iconografía religiosa simboliza, también, el pecho materno. En el pecho de nuestra madre todos nos sentimos impulsados a formar una relación y a encontrar satisfacción en ella. En la historia de «Blancanieves», madre e hija comparten la manzana. En este relato, lo que dicha fruta simboliza es algo que la madre y la hija tienen en común y que yace a nivel incluso más profundo que los celos que sienten la una de la otra: sus maduros deseos sexuales.

Para vencer el recelo de Blancanieves, la reina corta la manzana por la mitad y se come la parte blanca, ofreciendo a la muchacha la parte roja, es decir, la mitad «envenenada». Ya se nos ha hablado repetidamente de la doble naturaleza de Blancanieves: era blanca como la nieve y roja como la sangre; su ser consta de dos aspectos, el asexual y el erótico. El hecho de comer la parte roja (erótica) de la manzana significa el fin de la «inocencia» de Blancanieves. Los enanitos, compañeros de su período latente, ya no pueden devolverle la vida; Blancanieves ha llevado a cabo su elección, tan necesaria como fatal. El color

rojo de la manzana provoca asociaciones sexuales, lo mismo que las tres gotas de sangre que precedieron al nacimiento de Blancanieves; también recuerda la menstruación, hecho que marca el inicio de la madurez sexual.

Al comer la parte colorada de la manzana, la niña que hay dentro de Blancanieves muere y es enterrada en un ataúd de cristal transparente. Allí permanece durante largo tiempo; tres aves van siempre a visitarla, además de los enanitos; primero una lechuza, luego un cuervo y por último una paloma. La lechuza simboliza la sabiduría; el cuervo —como el cuervo del dios teutónico Woden— representa, probablemente, la conciencia madura; y la paloma encarna, tradicionalmente, el amor. Estas aves indican que el sueño letárgico de Blancanieves en el ataúd no es más que un período de gestación, el período final que prepara para la madurez.*

La historia de Blancanieves muestra que el hecho de haber alcanzado la madurez física no significa, de ningún modo, que uno esté intelectual y emocionalmente preparado para la edad adulta, representada por el matrimonio. Es necesario que se produzca un considerable desarrollo y que transcurra un cierto tiempo antes de que pueda formarse la nueva y madura personalidad y de que se integren los viejos conflictos. Sólo entonces está uno preparado para recibir un compañero de otro sexo y establecer una relación íntima con él, necesaria para alcanzar la madurez adulta. La pareja de Blancanieves es el príncipe, que «se la lleva» en su ataúd; el movimiento la hace toser y escupir la manzana envenenada volviendo así a la vida, lista ya para el

* Este período en que la muchacha permanece inerte podría explicar el nombre de Blancanieves que insiste en uno de los tres colores que explican su belleza. El blanco simboliza frecuentemente la pureza, la inocencia, lo espiritual. Pero al enfatizar su conexión con la nieve, queda también representado su carácter inerte. Cuando la nieve cubre la tierra, todo parece sin vida, al igual que Blancanieves parece haber dejado de vivir, mientras yace en su ataúd. También el hecho de comer la manzana roja muestra que todavía no era lo suficientemente madura y que se excedió en sus actos. La historia nos advierte de que el experimentar la sexualidad demasiado temprano no conduce a nada bueno. Pero, si esto va seguido de un período prolongado de inactividad, la muchacha podrá recuperarse de sus prematuras y, por ello, destructivas experiencias sexuales.

matrimonio. Su tragedia comenzó con los deseos orales: el ansia de la reina por comer los órganos internos de Blancanieves. Ésta, al escupir la manzana que la asfixiaba —el objeto nocivo que había incorporado—, alcanza la libertad final, abandonando la primitiva oralidad, que simboliza todas sus fijaciones inmaduras.

Al igual que Blancanieves, cada niño debe repetir, en su desarrollo, la historia de la humanidad, real o imaginada. En un determinado momento, nos vemos todos arrojados del paraíso original de la infancia, donde todos nuestros deseos parecían realizarse sin ningún esfuerzo por nuestra parte. El ir aprendiendo y diferenciando el bien del mal —adquiriendo sabiduría— parece disociar nuestra personalidad en dos elementos: el rojo caos de emociones desenfrenadas, el ello; y la blanca pureza de nuestra conciencia, el super-yo. A medida que vamos creciendo, oscilamos entre ser vencidos por la confusión del primero o por la rigidez del segundo (el ser asfixiado y la inmovilidad exigida por el ataúd). Sólo se podrá llegar a la edad adulta cuando todas estas contradicciones internas queden resueltas y se logre un nuevo despertar de un yo maduro, en el que rojo y blanco puedan coexistir armónicamente.

Pero, antes de que pueda empezar una vida «feliz», los aspectos perversos y destructivos de nuestra personalidad deben estar bajo control. En «Hansel y Gretel» la bruja es castigada por sus deseos devoradores, siendo arrojada a las llamas del horno. También en «Blancanieves» la vanidosa, celosa y destructora reina es castigada, obligándosele a calzar unos zapatos de hierro calentados al rojo vivo, con los que tiene que bailar incesantemente hasta morir. Los celos sexuales sin trabas, que intentan arruinar a los demás, terminan por destruirse a sí mismos; como le sucede a la reina, simbolizado por las ardientes zapatillas y la muerte que acarrea el bailar llevándolas puestas. Simbólicamente, la historia nos dice que hay que reprimir las pasiones incontroladas o éstas se convertirán en la propia perdición. Sólo la muerte de la celosa reina (la eliminación de los conflictos internos y externos) posibilita la existencia de un mundo feliz.

Muchos héroes de los cuentos de hadas, en un determinado momento de su vida, caen en un profundo sopor, o son resucitados. Todo despertar o renacer simboliza la consecución de un estadio superior de madurez y comprensión. Es el modo característico en que los cuentos de hadas estimulan el deseo de encontrar un mayor sentido a la vida: una conciencia más profunda, un mayor conocimiento de sí mismo y un grado de madurez más elevado. Este largo período de inactividad antes de volver a despertar hace que nos demos cuenta —sin verbalizarlo a nivel consciente— de que este renacimiento requiere un tiempo de concentración y sosiego en ambos sexos.

El cambio comporta la necesidad de abandonar algo que hasta este momento ha sido satisfactorio, como nos muestra la existencia de Blancanieves antes de que la reina se volviera celosa, o su vida tranquila al lado de los enanitos: experiencias difíciles y penosas que el crecimiento lleva consigo, y que no pueden evitarse. Estas historias aseguran al oyente que no tiene por que temer el abandonar su posición infantil de dependencia de los demás, ya que, después de las numerosas penalidades del período de transición, se elevará a un plano superior y más satisfactorio para emprender una existencia más rica y feliz. Aquellos que son reacios a experimentar tal transformación, como los dos hermanos mayores de «Las tres plumas», nunca conquistarán el reino. Aquellos que permanecen fijados en el estadio de desarrollo preedípico, como los enanitos, no conocerán nunca la dicha del amor y del matrimonio. Y, por último, aquellos padres que, como la reina, pongan de manifiesto celos edípicos, llegarán casi a destruir a sus hijos y, sin duda alguna, se destruirán a sí mismos.

«BUCLES DE ORO Y LOS TRES OSITOS»

Esta historia carece de algunas de las características más importantes de los verdaderos cuentos de hadas: al final no hay mejoría ni alivio; no hay resolución de conflicto alguno y, por lo tanto, no hay final feliz. Sin embargo, es un cuento lleno de significado, porque, simbólicamente, hace referencia a los problemas más acuciantes del desarrollo del niño: la lucha contra los conflictos edípicos, la búsqueda de la identidad y la rivalidad fraterna.

Este relato, en su forma actual, tiene un origen muy reciente, aunque provenga de un antiguo cuento. Su historia ilustra la evolución, a través del tiempo, de un cuento admonitorio que, al adquirir las características de los cuentos de hadas, se hace cada vez más popular y significativo. Su historia nos muestra, también, que la publicación de un cuento de hadas no excluye el que éste sea revisado en ediciones posteriores. Pero cuando tales alteraciones se llevan a cabo, los cambios —contrariamente a lo que sucedía cuando los cuentos se perpetuaban siguiendo la tradición oral— reflejan algo más que la idiosincrasia personal del narrador.

A menos que se trate de un artista original, el autor que intente modificar un cuento de hadas para realizar una nueva publicación no se guiará ni por sus sentimientos inconscientes respecto a la historia, ni pensará en ningún niño en particular a quien deleitar o ayudar en algún problema urgente. Por el contrario, los cambios producidos se establecen en base a lo que el autor cree que el lector «corriente» desea oír. Ideado para satisfacer los deseos y escrúpulos morales de un lector anónimo, el cuento es relatado de modo vulgar y trivial.